

Señor que te unes a nuestro camino para dar luz a nuestros pasos y orientar la mirada perdida de nuestro corazón. Rostro que se oculta a nuestra falta de fe y se muestra llenando todo de luz al partir el pan. Pan transfigurado, rostro que alimenta nuestra vida con la eternidad, luz de nuestros pasos. Rostro que se confunde con la misma luz que anhela nuestro corazón. Rostro vivo visible solo al com-partir el pan.

Abriste los ojos a la vida y la creación se llenó de la luz que esperaba desde el principio. Los colores vinieron a tu rostro a jugar con la luz de tu presencia. Bajo tu mirada, sobreabundante sobre la fealdad del mundo, se ilumina nuestro ser y se armonizan las formas porque encuentran la belleza que Dios quiso para ellas. Y ya no hay miedo, pues tu rostro de la luz abierto redime en la profundidad de sus ojos toda la oscuridad de nuestras vidas.



Imágenes:

1. Berna López; 2. Arcabas; 3. Olga Shalamova; 4. Bobby Sivad; 5. Juanito Jiménez; 6. Ulrich Leive; 7. Michel Ciry; 8. Alexej von Jawlensky.



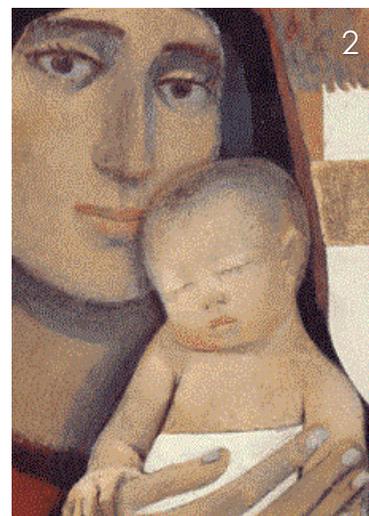
Salmo 27, 8-9

**Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.**

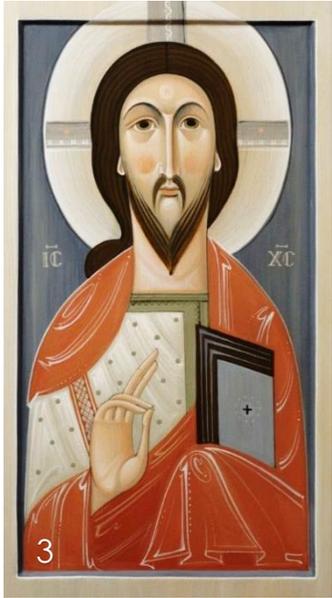
La vida del creyente israelita siempre anheló contemplar el rostro de Dios, con la confianza de que en su presencia quedaría envuelto por la santidad de su misericordia.

Con la encarnación del Hijo esta se ha convertido en visible, y ante él, los cristianos hemos puesto, en este rostro tan concreto como pluriforme, nuestra vida para que su mirada la acoja y bendiga.

Ofrecemos algunas búsquedas pictóricas de este rostro de autores del s. XX que pueden insipirar nuestra propia búsqueda.

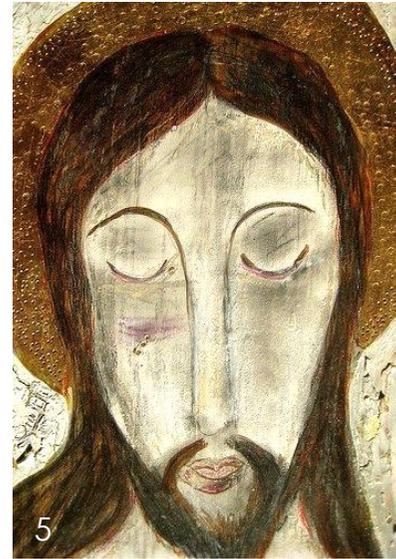
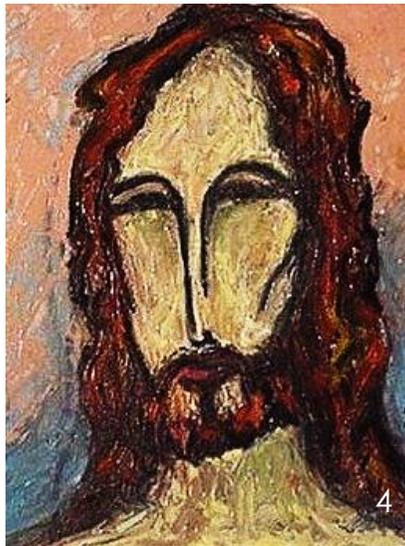


Señor que no te agarras a tu poder para hacerte notar. Jesús que no tienes miedo a la dependencia y te pones en nuestras manos para ser tú mismo en nuestra carne. Señor que redimes nuestra pequeñez, tan miedosa de la vulnerabilidad, tan rebelde e insumisa a los procesos de nuestra carne dependiente y mortal. Jesús bebé que no haciendo nada nos enseñas a vivir la vida en aceptación agradecida. Señor, hijo que nos enseñas que siempre somos hijos de la vida, de los demás y de Dios.



Señor resucitado en cuya mirada se concentran las bendiciones de Dios. Tus ojos siempre abiertos dejan que los nuestros encuentren cada día el manantial donde Dios hace brotar su gracia para todos. En tus ojos están escritos nuestros días y en ellos encontramos aliento sabiendo que nada se pierde, que todo queda inscrito en las niñas de tus ojos. Incluso si te damos la espalda tu bendición no deja de mirarnos de frente. Tu eterna mirada salvadora sostiene la esperanza del libro de nuestra vida.

Señor de rostro concreto, hombre mediterráneo de tez pintada por el sol del desierto de Judea y curtida en la fértil tierra galilea. Señor de arrugas naturales y remolinos vivos en tu melena ondulada. Concreto con tu nariz aguileña y tu mirada inconfundible. Uno más, nada más, y a la vez único como todos y cómo ninguno. Ahora sí, ya no estoy solo, ahora que eres carne de mi carne. Así te quiero, Señor al que pudo mirar, cuerpo inconfundible de Dios



Señor que recoges en la intimidad de tu corazón el caos que habita nuestras existencias turbulentas; que haces sitio para ellas en la paz de tu corazón. Señor que apaciguas los odios y renconres con el silencio misericordioso de tu mirada interior, que serenas la vorágine de nuestros deseos en el remanso íntimo de tus ojos recogidos. Señor a quien nada ni nadie puede quitar la paz. Señor de quien todo y todos reciben los caminos de la paz.

Señor apenas reconocible. Señor al que no queremos reconocer. En tu rostro desfigurado se vierte como aceite hirviendo nuestro pecado. Tu amor ha abrazado de tal modo a los olvidados que tu rostro es ahora uno con ellos, mostrando así tu propio ser de amor sin límites. Gritas con tu rostro silencioso, silenciado, pidiendo solo el amor que tu das. Desfigurado loco que araviesa nuestras vidas hasta que aprendamos a mirar.

